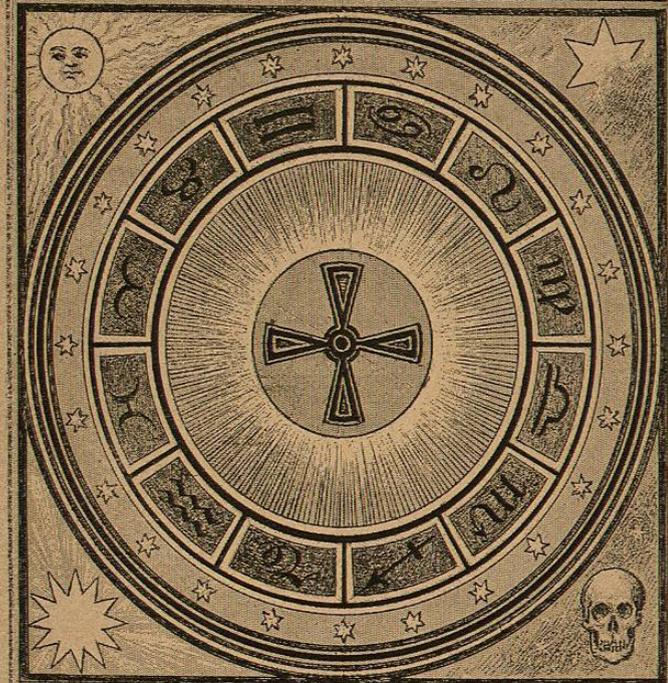
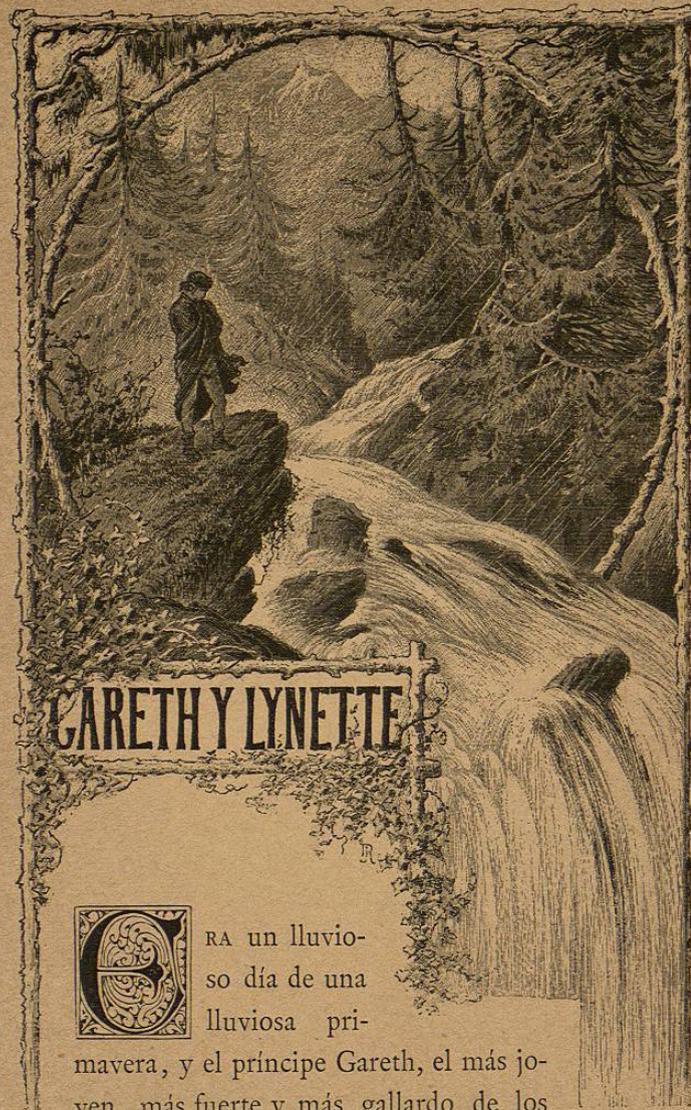


СЯРѢТН



ЛНѢТѢ

ИДИО



GRA un lluvioso día de una lluviosa primavera, y el príncipe Gareth, el más joven, más fuerte y más gallardo de los hijos de Lot y Bellicent (1), contemplaba extasiado una

(1) Reyes de Orkney.

soberbia caída de agua. La impetuosa corriente desarraigó un delgado pino, que cayó y fué arrastrado cual levisísima pluma. — ¡Cómo ha caído — dijo Gareth — como un pérfido caballero ó un mal rey al bote de mi lanza, si lanza me fuera dado manejar! ¡Oh inconsciente catarata, que en tu precipitación lo derribas y arrastras todo; las frías nieves te han hinchado, al paso que mis venas hincha bullente sangre, y sin embargo, tú haces, sin conocerla, su voluntad, la voluntad del Supremo Hacedor, y yo que la conozco, yo que tengo fuerza y entendimiento, en la mansión de mi buena madre permanezco, mal de mi grado, detenido por la obediencia que debo á mi madre, obediencia que ya titubea; trátanme como al pájaro enjaulado á quien se dá de comer, y se mima, y se acaricia, y se divierte imitando sus silbidos, para hacerle amar su prisión, y es que mi buena madre cree que todavía soy un niño! ¡Mi buena madre es mala madre para mí! Una madre peor mejor sería, y con todo yo no quisiera tener una madre peor. Dios la perdone, pero en mí ponga fuerzas para cansar sus oídos con incesantes ruegos, hasta que me deje salir de la jaula, y volar, y elevarme, en círculos semejantes á los del águila, hasta el gran sol de la gloria, y de allí arrojarme sobre todos los seres viles y despreciables, y del golpe matarlos, haciendo, como buen caballero de Arturo, su voluntad, encaminada á limpiar el mundo. ¿Acaso no tengo vigor bastante para manejar las armas? Cuando Gawain vino aquí con Modred en el verano, me rogó que justara con

él, caballero probado y de renombre (1). Modred, por falta de otro más digno, fué juez del combate. Entonces, de tal manera hice á Gawain tambalearse en la silla, que me dijo: — «Por poco me derribas.» Así dijo, bien lo recuerdo, aunque Modred se mordió sus delgados labios y permaneció silencioso. Y es que Modred está siempre de mal humor, siempre ceñudo; más ¿qué me importa á mí su mal humor?

* * *

Dichas estas palabras, volvióse Gareth al hermoso palacio que él llamaba su jaula, y dando vueltas alrededor de la silla de su madre, preguntó: — Madre, aunque todavía me tienes por un niño, dime, querida madre, ¿me quieres? ¿Quieres al niño? — Ella se rió y dijo: — Sólo á un ganso silvestre como tú se le ocurre pregunta semejante. — Entonces, madre, si amas al niño, — dijo él; — si le amas á pesar de ser un ganso, y más bien doméstico que silvestre, oye el cuento del niño. — Sí, querido mío; aunque no sea más que el cuento del ganso de los huevos de oro.

* * *

Y Gareth contestó con encendidos ojos: — No, no,

(1) Gawain y Modred eran hermanos de Gareth, y caballeros de la Tabla Redonda.

mi buena madre, porque el huevo de que quiero hablar era de un oro mucho más fino del que ganso alguno puede poner. Era un huevo que un águila, un águila real puso casi fuera del alcance de la vista, en una palmera semejante á la que dorada brilla en tu devocionario. Y dando vueltas en torno de la palmera había siempre un fornido, pero pobre mancebo, que contemplando el reluciente huevo, pensaba: — « Si pudiese subir y ponerle la mano encima, más rico sería yo entonces que tres reyes. » — Pero cada vez que extendía las manos para subir al árbol, alguien que le había amado desde la infancia, las cogía y le detenía, diciéndole: — « No subas; no sea que te rompas la cabeza. Te lo mando por mi amor; » — y así el muchacho, querida madre, ni subía, ni se rompía la cabeza, pero se destrozaba el corazón suspirando por ello; de modo que por fin murió de pena.

*
* *
*

Entonces la madre replicó: — Quien le hubiese amado de veras, querido hijo mío, se hubiera expuesto en su lugar, y subiendo al árbol habría cogido para él el codiciado huevo de oro.

*
* *
*

Y Gareth contestó; un fulgor extraordinario se veía en sus ojos: — ¿ Oro? ¿ dije oro? Entonces sí; porque en

verdad él, ó ella, ó cualquiera que fuese, ó medio mundo se hubiese aventurado, si la cosa de que hablé hubiera sido simplemente de oro; pero es que no era sino de aquel fuerte acero con el cual se forjó la espada Excalibur (1). Y en torno del inestimable huevo fulguraban los relámpagos, de lo cual se asustaban las avcillas; y salían del nido grandes clamores, y un ruido así como de choque de armas, que al muchacho le volvía loco. Déjame partir.

*
* *
*

Entonces Bellicent se lamentó, y dijo: — ¿ No te compadesces de mi soledad? ¡ Mira á tu padre Lot! Acurrucado junto al hogar, yace como un leño punto menos que consumido. Porque desde que traidor al Rey peleó contra él en la guerra de los Barones, y el noble Arturo después de vencerle le devolvió generosamente sus estados, ha ido decayendo poco á poco, y ahora yace ahí convertido en un cadáver, aunque todavía caliente. Sí; es un cadáver, que sin em-



(1) Nombre de la espada del rey Arturo.

bargo no se puede sepultar todavía ; un cadáver , y nada más. Ni vé , ni oye , ni habla , ni conoce á nadie. Y tus dos hermanos están en la corte de Arturo , aunque en verdad á ninguno de ellos tengo el gran amor que siento por tí , ni es ninguno de ellos digno de tal amor. Quédate , pues , tú , Gareth ; seducen al pajarillo las rojas bayas de los setos , y á tí , inocente hijo mío , te seducen las justas y las guerras ; á tí que nunca te ha dolido un dedo , y que no tienes una idea del horrible tormento que se experimenta cuando á uno le rompen ó le descoyuntan un miembro , como sucede á menudo en esos choques que aturden , y en esas espantosas caídas de los torneos : mi corazón se estremece pensando en ello. Pero quédate conmigo : sigue al ciervo por entre nuestros altos abetos y centenarios robles , y de ese modo te harás cada día más vigoroso. ¿ No es la caza un ejercicio varonil y agradable ? Y luégo , cuando quieras , yo encontraré para tí una bella y dulce novia , para hermostear y hacer más placentero el ascendente camino de la vida , y ayudarme á bajar la triste cuesta que conduce al sepulcro ; hasta que cayendo en la insensibilidad de Lot , no te conozca á tí , ni á ella , ni á mí misma , ni cosa alguna. ¡ Quédate , hijo mío ! ¡ mi mejor y más querido hijo ! Mas tienes todavía de niño , que de hombre.

*
* *

Gareth repuso : —Puesto que aún me tienes por un niño ,

oye una vez más el cuento del niño. Has de saber , madre , que había una vez un rey como el nuestro. El príncipe su heredero , siendo ya talludo y estando en edad de casarse , le pidió una novia , y el rey entonces puso , no una sino dos , delante de él. Una de ellas era hermosa , fuerte , y estaba armada de todas armas ; pero era preciso ganarla por la fuerza , y eran muchos los hombres que la deseaban , mientras que ninguno deseaba la otra. Y la condición que el rey le imponía era esta : que á menos que ganase la primera por la fuerza , tenía que casarse con la otra , con la cual hombre alguno se hubiera casado gustoso , pues era una novia de cara roja y fea ; una mujer despreciable , y que de tal modo tenía conciencia de su propia vileza , que siempre anhelaba ocultarse , no se atrevía á mirar á nadie frente á frente , y andaba siempre huyendo de todos. En verdad , á algunos se ligaba ; pero morían de ella como de una enfermedad incurable. Y á la una la llamaban Fama , y á la otra — ¡ oh madre ! ¿ cómo puedes tenerme así cosido á tu guardapiés ? — á la otra la llamaban Vergüenza ! He crecido y he llegado á ser hombre , y tengo que hacer lo que los hombres hacen. ¿ Seguir al ciervo ? No ; sino seguir al Cristo , al Rey ; hacer vida pura y ejemplar , decir la verdad , enderezar los entuertos ; seguir al rey. De otro modo ¿ para qué haber nacido ?

*
* *

Entonces la madre contestó : — Bien sabes , amado hijo

mío, que hay muchos que no tienen ó no quieren tener á Arturo por legítimo rey, aunque en verdad yo siempre le he tenido por tal, desde que en mi juventud le tenía constantemente á mi lado, y le oía hablar como deben hablar los reyes, y le veía conducirse en todas ocasiones con tanta nobleza y majestad. Tanta fé tenía yo en él, como él en sí mismo; mi corazón me decía que, en efecto, había entre nosotros el más próximo parentesco (1). Con todo, ¿quieres dejar la sosegada vida que aquí llevas, y arriesgarlo todo, tus miembros y tu vida, por uno que aun no se sabe que sea legítimo rey? Quédate hasta que la nube que oscurece su nacimiento se levante un poco. Quédate, querido hijo mío.

*
* *

Y Gareth respondió prontamente: — No: ni una hora me detendré si me das permiso para partir. Por entre fuego caminaré, madre, si es preciso, para obtener tu venia; tu licencia para partir. ¿Qué no es legítimo rey el

(1) Según la leyenda, Igerve, madre de Bellicent, lo era también del rey Arturo. Como su virtud era tan grande como su belleza, resistió á los halagos del rey Uther, que se había enamorado de ella, y permaneció fiel á su marido el príncipe Gorlois, famoso guerrero de aquel tiempo, de quien tenía varias hijas, una de ellas Bellicent, aunque ningún hijo. Pero vencido y muerto Gorlois por el rey Uther, éste sitió á la viuda en su castillo de Tintagil, se apoderó de ella, y la obligó á casarse con él, de cuya unión nació el rey Arturo.

que barrió el polvo de la arruinada Roma, y lo arrojó fuera del umbral del reino; el que sojuzgó á los idólatras é hizo al pueblo libre? ¿Quién debe ser rey sino el que nos hace libres?

*
* *

De manera que cuando la reina, que durante mucho tiempo había tratado de hacerle desistir de su intento, vió que la voluntad de su hijo era tan firme, contestó astutamente: — ¡Quieres caminar por entre fuego! A quién anda entre fuego poco le debe importar el humo. Parte, pues, si es preciso; y antes de que ruegues al rey que te arme caballero, solo una prueba te pido de la obediencia y del amor que me debes por ser tu madre.

*
* *

Y Gareth gritó: — ¡Una prueba; una dura prueba ó ciento, con tal que me dejes partir! ¡Vamos, madre! ¡la prueba! ¡pronto! ¡pronto!

*
* *

Pero la madre, sin hacer caso de su impaciencia, habló lentamente de este modo, mirándole de hito en hito: — Príncipe, irás disfrazado á la mansión de Arturo, y te asalariarás para servir las viandas y las bebidas con los mar-

mitones y los pícaros de cocina, y con los que dan las fuentes por encima del mostrador. Y á nadie revelarás tu nombre. Y servirás doce meses y un día.

*
* *

Dijo así la reina, porque creía que cuando su hijo viese que el único camino que podía conducirlo á la gloria pasaba por la cocina del rey, donde tendría que vivir en humilde vasallaje, propio tan solo de villanos, no querría pasar por ello; creía que su buen Gareth tenía demasiada altivez, como príncipe que era, para confundirse con galopines de cocina, de manera que quedaría con ella encerrado en su castillo, y lejos del fragor de los combates.

*
* *

Gareth permaneció un rato silencioso, y luego dijo:— Aunque la persona sea esclava, el alma puede mantenerse libre; y además el ser marmitón no me impedirá ver los torneos. Tu hijo soy, y puesto que eres mi madre, tengo que obedecer. Por tanto, cedo sin escrúpulo á tu voluntad; saldré de aquí disfrazado, y he de asalarirme para servir con los marmitones y los pícaros de cocina. Y á nadie diré mi nombre; ni aún al rey mismo.

*
* *

Gareth estuvo algunos días más en el castillo. Su madre, temerosa de que se marchara, no apartaba de él los ojos, y vigilaba todos sus movimientos, dificultando de ese modo la realización de su proyecto; hasta que por fin, una noche, que poco antes de rayar el alba le despertaron los bramidos del viento, se levantó, y despertando á dos de sus servidores que desde su niñez habían cuidado de él, sin que la vigilante madre los oyese, se fueron.

*
* *

Los tres estaban disfrazados de trabajadores del campo. Encamináronse hacia el Mediodía. Los pájaros dejaban oír sus exquisitas melodías en las ramas de los árboles y en el aire. Los húmedos declives de los collados se habían cubierto con sus alfombras de verdura, y las verdes alfombras se habían cubierto de flores, porque era ya pasada la Pascua de Resurrección.

*
* *

Cuando fijaron la planta en el hermoso llano que va ensanchándose hasta llegar al pié de la altura en que se asienta Camelot, vieron á lo lejos la niebla de la mañana cerniéndose en torno de la montaña real, que se alzaba entre la selva y el campo. A veces se veía tan solo la parte más alta de la ciudad; á veces las agujas de las torres iban saliendo poco á poco de entre la niebla; borrábase á veces